
María Victoria Navas Sánchez-Élez, *El barranqueño. Un modelo de lenguas en contacto*, Madrid, Editorial Complutense, 2011, 319 pp.

Juan M. Carrasco González
Universidad de Extremadura
jcarrasc@unex.es

Se reúnen en este libro 25 trabajos (artículos, comunicaciones a congresos, capítulos), ya publicados o en vías de publicación, salvo dos inéditos, que María Victoria Navas ha ido elaborando desde 1988. Esta prolongada producción barranqueña se basó, fundamentalmente, en los resultados de las entrevistas realizadas a 30 habitantes de Barrancos, escogidos según determinadas variables de sexo, edad y escolarización, mediante un cuestionario cerrado. Las entrevistas se llevaron a cabo en 1988 y 1990, y cada una de ellas se completaba con “una conversación semidirigida de temas relacionados con los intereses de los entrevistados: el trabajo, la familia, las costumbres y los problemas de la comunidad, entre otros” (p. 12). Estoy convencido de que todo el caudal informativo de la conversación semidirigida habrá proporcionado un material mucho más rico que el cuestionario

y, por ello, tendrá que haber supuesto una contribución fundamental, puesto que el cuestionario es muy breve (aunque bien escogido) y posee una característica que (en mi opinión) puede distorsionar algo el resultado: se basa en la lectura, por parte del entrevistado, de textos, frases y pares de palabras. El mero acto de lectura (por su carácter formal y por la referencia gráfica inmediata de cada término) puede alterar la pronunciación espontánea del informante, por no hablar de las dificultades para aplicar el cuestionario a los dos grupos de entrevistados no alfabetizados. La autora aprovecha también el material disponible en el Centro de Lingüística de la Universidad de Lisboa, como es el reunido por Lindley Cintra en 1965, así como las grabaciones de José Vítor Adragão (de 1973 y 1977) y las del *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Portugal e da Galiza* (de 1981). Finalmente se tiene en cuenta también todo el material ya publicado sobre el barranqueño, sobre todo los trabajos de Leite de Vasconcelos, la reseña de Manuel Alvar a la obra póstuma de aquél y el ALPI, entre otros.

Es interesante constatar que la encuesta (al menos la parte cerrada) se lleva a cabo, fundamentalmente, mediante la lectura de formas estrictamente normativas del portugués. Si de ahí se van a deducir las características del dialecto, cabe preguntarse sobre la naturaleza del mismo, que no acaba de ser resuelta ni en este libro ni en los otros trabajos anteriores a éste. Naturalmente que existe una definición comúnmente admitida como “dialecto mixto” en el que confluyen características propias del español y del portugués, y así, por ejemplo, leemos en la página 192 que el “dialecto es el resultado, como ya hemos visto repetidas veces, del contacto de variedades meridionales del portugués (alentejano) y del castellano (extremeño y andaluz)”. Sin embargo, la participación de ambas lenguas no es paritaria, y bien merecería la pena, a mi modo de ver, que se realizara algún estudio de carácter dialectométrico para comprobar lo que corresponde a cada una en la configuración del barranqueño, como ya se ha hecho sobre el portuñol o dialecto fronterizo americano (y cuya comparación ha merecido un estudio por parte de María Victoria Navas en las pp. 194-200). Baste advertir a este respecto que si, en vez de confeccionar una encuesta en portugués, elaborásemos una encuesta de textos, frases y pares de palabras en español, no conseguiríamos establecer las características propias del barranqueño. Y de ahí podríamos deducir que el dialecto barranqueño es, sobre todo, un modo de hablar la lengua portuguesa, como veremos a

continuación, aunque con numerosos elementos de influencia española. Concuerta esto con la afirmación de Leite de Vasconcelos recogida por la autora: el barranqueño sería una variedad “do falar do Alentejo Baixo, devida principalmente à influencia espanhola [...] ainda que sobrepujada pela portuguesa” (p. 179, nota 191). Definiciones como “dialecto mixto”, “idioma intermedio” u otras similares, normalmente empleadas para referirse al barranqueño, deberían revisarse convenientemente.

Otra reflexión interesante sobre la naturaleza de este dialecto nos la proporciona el capítulo titulado “El barranqueño, un modelo de lenguas en contacto” (pp. 49 y ss.) Muéstrase en él una población muy heterogénea lingüísticamente en el uso de las tres opciones que conviven en la población (barranqueño, portugués y español), dándose la circunstancia de que no todos los habitantes son usuarios activos de las tres. No se puede decir, por lo tanto, que los barranqueños sean trilingües (como afirmaba Leite de Vasconcelos); por el contrario, en palabras de la autora, “se refleja mejor la realidad lingüística si se dice que en la citada villa se puede oír hablar portugués, español y el dialecto en cuestión” (p. 49). El portugués solo lo hablan las personas escolarizadas y es la lengua de uso en la administración y en los oficios religiosos. El dialecto lo utilizan los oriundos de la localidad hijos de padres barranqueños cuando hablan con otros barranqueños, incluso si dominan el portugués. Además, “hablan el dialecto los barranqueños con los restantes vecinos con los que no se establece el diálogo en español” (p. 50) – afirmación ciertamente ambigua que no me resulta fácil de interpretar, y aún más cuando viene seguida de la siguiente revelación: “En mi experiencia en la comunidad sólo encontré una persona de 72 años, analfabeta, nacida y criada en Barrancos, de padres barranqueños, que no conseguía decir una frase completa ni en el dialecto ni en portugués, pues rápidamente se trasladaba al español” (pp. 50-51).

¿Se puede deducir de esto que, en realidad, la lengua tradicional de Barrancos no es el dialecto barranqueño, sino el español meridional según la variedad hablada en las localidades vecinas de las provincias de Badajoz y Huelva? La situación de convivencia de las tres opciones lingüísticas a la que asistimos en la actualidad retrata quizás un momento de tránsito entre el español de la localidad y el portugués oficial que acabará imponiéndose. El español, según la profesora Navas Sánchez-Élez, es aún la lengua de uso en bastantes familias en la primera y segunda generación, especialmente entre las

mujeres (es decir, las abuelas y las madres). Sin embargo, estas mismas familias se expresan en barranqueño con sus hijos jóvenes: prefieren dejar de transmitir la lengua propia, como ocurre frecuentemente en situaciones de minorías lingüísticas. En definitiva, quizás estemos tentados a creer que el barranqueño ni nunca fue la lengua tradicional de Barrancos (que debió ser el español desde su fundación en la Reconquista), ni nunca fue de uso generalizado por parte de toda la población. Parece ser que el barranqueño nace como un modo de aproximación a la lengua portuguesa por parte de una población hispanohablante que no tenía la posibilidad de aprenderla mediante una escolarización adecuada: "El barranqueño, en otras palabras, sería el aprendizaje que hicieron los castellanos del portugués" (p. 180). Ahora bien, antes de culminarse este proceso asimilatorio, el acceso a la educación por parte de las generaciones más recientes propició un proceso de mera sustitución: adquieren directamente el portugués. Todo ello (pues aún hay vestigios de barranqueños unilingües en español) habrá tenido lugar en época muy reciente, quizás solo desde el siglo XIX. Las fechas y los modelos de asimilación / sustitución son coincidentes con otras hablas fronterizas extremeñas, como yo mismo he tenido la oportunidad de mostrar en varios estudios recientes. La autora retrasa la aparición del barranqueño a la Edad Media (v. esp. pp. 179-181), lo que no concuerda con los procesos descritos.

El libro de María Victoria Navas es interesantísimo, está lleno sugerencias sobre la naturaleza del dialecto y sobre diversos aspectos de su análisis lingüístico que sin duda deberían propiciar nuevas aproximaciones (algunas de ellas anunciadas por la autora) y, sin duda, muestra un encomiable rigor científico en la metodología y gran seriedad cuando se aplican los modelos de análisis. Llama la atención a este respecto la variedad de técnicas desplegadas, quizás como consecuencia de los distintos orientadores que ha tenido su trabajo a lo largo de tanto tiempo: más tradicional en el caso de su maestro Zamora Vicente y de Lindley Cintra, quien inicialmente dirigiría su investigación en Portugal; más innovador sin duda el que se debe a los desvelos de Isabel Hub Faria y al auxilio de Alan Baxter. Del mismo modo encontramos en la obra capítulos más tradicionales (como "El espacio geográfico y su historia", "El barranqueño, un modelo de lenguas en contacto" o toda la parte dedicada a la "Literatura oral y tradicional. Testimonios de música tradicional"), al lado de otros más innovadores (como "El efecto del contexto lingüístico en la presencia, aspiración o elisión de la -s/" y "Factores lingüísticos y

extralingüísticos que determinan la alternancia de las variantes de -/s/"/), en los cuales se siguen modelos de análisis estadísticos, llevados a cabo con técnicas informáticas, con el propósito de establecer los procesos de variación lingüística conforme a distintas variables.

No encontramos defectos en libro tan meritorio y recomendable como éste. Hay, sin embargo, algunas opciones discutibles y numerosos despistes y erratas que podrían ser corregidos. No todo lo que aparece en la Bibliografía (que mejoraría mucho si hubiese sido clasificada) me parece que merece estar allí o que es pertinente, aunque no sobrarían otras referencias ausentes. Observo, a propósito de esto, alguna pequeña descompensación en el apoyo bibliográfico, a veces usado con cierto énfasis de doctorando. Así, por ejemplo, no creo necesario buscar sesudos estudios en varias lenguas para decir solo que Barrancos está en la orilla izquierda del Guadiana, ni reproducir descripciones de carácter geoeconómico de Huelva y Extremadura para explicar lo que debe ser la realidad portuguesa de esta localidad. En cuanto a los despistes o erratas, me llamaron la atención, por su relevancia, algunos que aparecen en el cuestionario (pp. 307-309), como es *As vezes* (sin acento) y la aparición de dos pares extraños: *avô-avós* y *avô-avôs* (naturalmente, el plural de *avô* es también *avôs*). También creo que merecería una mayor regularidad la forma de recoger la bibliografía: unos autores aparecen con los dos apellidos y otros solo con uno (de los que tienen dos), unas actas de congresos se citan con los coordinadores y otras no, algunas editoriales se refieren de forma distinta (completa o abreviada) en distintos libros, etc. Entre la bibliografía sobre dialectos extremeños (no del todo completa), me llamó la atención cómo se cita el libro de José Enrique Gargallo *Las hablas de San Martín de Trevejo...*, pues parece como si se referiese a un vol. I de varios que tuviese, y como si *Estudios y documentos sobre "A Fala"* formase parte del título, cuando no es más que el nombre de la colección. La obra de Maria da Conceição Vilhena, *Falares de Herrera e Cedilho*, se cita de la siguiente manera: "Reed. en cast. y port. 2000. Mérida: Gabinete de Iniciativas Transfronterizas". En realidad no es una reedición, sino la primera edición de su tesis de licenciatura, hasta entonces inédita, preparada por la autora con el auxilio del Centro de Lingüística de la Universidad de Lisboa; por otro lado, y en otra colección diferente, se publicó la traducción española, con una introducción de mi responsabilidad y, por exigencias de la editorial, sin dibujos ni fotografías. Son, en definitiva, pequeños ejemplos de estos despistes o

detalles mejorables con que nos vamos tropezando al leer la obra, pero que en nada empañan la extraordinaria calidad investigadora de la autora. Mi enhorabuena por ello.
